

# LOS COLONOS Y LA ABUELA CARLOTA

Leonardo del Arco Lloreda

## A modo de introducción

Hay que tener en cuenta como a lo largo de la historia, los movimientos migratorios han sido y son, un proceso humano que nos han llevado a colonizar la tierra y a establecernos en casi todos los rincones del planeta. Pues la tendencia natural de las personas es la de conseguir mejorar la situación de partida y en la mayoría de las ocasiones, la meta es la más elemental: **la supervivencia.**

En la actualidad, las ideas de tiempo y espacio, debido a los avances técnicos, se han transformado tan radicalmente, que tenemos que hacer un gran esfuerzo para comprender e imaginar escenarios tan diferentes como el que a nosotros nos interesa, y que ocurrió en España durante el llamado siglo de las luces, en el reinando Carlos III: **la colonización interior en Andalucía y la inmigración relacionada con este hecho histórico.** Por lo que no es de extrañar que el movimiento migratorio llevado a cabo por nuestros antepasados fuera tan diferente a otros muchos, pues el objetivo de los dirigentes del proyecto era la de constituir una sociedad nueva. Para algunos tan solo era para proteger un paso de montaña o asentar en el territorio a un grupo de obreros campesinos, pero la realidad fue otra, sencillamente todo surgió como comienzo de una vida nueva en una España pobre y agotada de ideas. Se pretendía batallar contra el ocio, contra el escolasticismo, contra una religión estática y contemplativa.

El deseo, en palabras de profesor Avilés Fernández: ***“de hacer real una concepción de la vida diferente de la que, de***

*momento, se conocía. Un intento de concretar lo que podríamos definir como el horizonte utópico de la ilustración.”.*

### **La abuela Carlota: Memoria oral de la Historia de los colonos.**

Aunque en ocasiones la abuela pierde el hilo de la conversación, yo procurare servirle de guía. No en vano ahora tiene 99 años.

En este momento mira a su vieja máquina y me cuenta que con ella aprendió a coser y cortar chaquetas parecidas a las que utilizaban los tiroleses, el cuello y los bordes de los bolsillos de terciopelo verde. Tenían algo especial, sobre todo que marcaban las diferencias con la del resto de los trajes que se confeccionaban en La Carolina. Los sastres llegaron con el oficio bien aprendido. Ella, recibió su enseñanza en la sastrería de su tío, el maestro Pedro José Lloreda, cuya tradición artesana procedía de su abuelo y tatarabuelo, Martín Wilt; que a su vez, lo aprendieron de su antepasado, el colono Simon Wilt, todos ellos sastres.

Hablaba sin cesar, se veía que tenía ganas de contar lo que le habían transmitido sus padres y tíos, que lo recordaban de sus antepasados. De memoria prodigiosa, no dejaba detalle suelto. Inmediatamente comenzó a relatar lo que en algún momento de su vida había oído a su abuela Deogracias Wilt, los bisabuelos a los que aun les costaba trabajo hablar español. Simón Wilt y Cristina Fetschin habían llegado de Niterlauterpas muy cerca de Speyer (Espira) en el Palatinado Alemán, la ciudad donde estaban enterrados algunos Emperadores Alemanes. (Para ellos debería ser muy importante, pues así se lo transmitían a sus descendientes).

Continúa la abuela explicándome como los colonos no eran felices en sus pueblos pues habían pasado unos años muy difíciles. Las llamadas *guerras de los treinta años, las disputas religiosas entre católicos y protestantes y la última de las*

*guerras, la de los siete años* por el control del territorio fueron decisivas para que la mayoría de los futuros colonos se decidieran a levantar los “palacios de oro” con los que les habían hecho soñar los emisarios propagandistas del Rey de España. La decisión que iban a tomar no tenía vuelta atrás, firmarían el contrato que tan maravillosamente les ofrecía el embaucador coronel bávaro D. Gaspar Thürriegel.

Contaba y recordaba (como si tuviese que pedir perdón) constantemente todas las miserias que habían ocurrido en Niterlauterpas. A ellos, y a casi toda su familia, no les faltaba el sustento, pero entre las penalidades que estaban ocurriendo en su país y el mundo feliz que le ofrecía el coronel Thürriegel, encargado por la Corona Española para contratar a 6000 colonos Bávaros, Maguntinos, Suizos, Tiroleses, Salzбургenses, Palatinenses, Alsacianos, Renanos, optaron por la partida. No lo tuvieron difícil, y decidieron buscar el “Puerto de la Felicidad” ofrecido. Hacia un repaso de todo lo que les esperaba en el reino de España: dinero, cabras, vacas, gallinas, terreno para cultivar, una casa sencilla, sana, ventilada y la ilusión de construir algo nuevo sobre un territorio perfecto para las necesidades de las personas. La oferta no se podía rechazar.

Pero no se lo iban a poner tan fácil. Contaban que el Príncipe Palatino Carlos Theodore se alarmó tanto de las campañas llevadas a cabo para reclutar a colonos, que pensaba que entre las guerras y los ofrecimientos del rey de España se iban a quedar solos, y que un territorio, sin súbditos, era una ruina. Así que ordenó la busca y captura del coronel bávaro Gaspar Thürriegel y amenazó con llevar a la cárcel a los que firmaran el contrato. Las cosas se ponían feas de verdad. Ahora ya, de lo que se trataba, era de huir de su querida tierra.

El jazmín en la solapa de la abuela Carlota cada vez resplandecía más, su olor cada vez más intenso, quizás la emoción del momento... parecía que a él también le estaba gustando la

historia. La abuela se emocionaba al contarlo, como a su padre, decía ella. Sus ojos resplandecían de alegría y emoción. La abuela está agotada, se toma su café y se queda dormida enseguida.

Todo este periodo quedó grabado en la memoria de los primeros descendientes. Según cuenta la abuela, a medida que iban llegando nuevas remesas de colonos desencantados, con su desilusión, anulaban la resistencia de los que ya estaban luchando contra la maleza y peñascales, la sequía, el calor insoportable para ellos de clima frío, la muerte, el tifus, etc. todo ello les tenía asustados y agotados. No en vano, junto al convento donde vivió San Juan de la Cruz, se encontraba el cementerio, que cada vez se llenaba de más cruces mortuorias.

No le tenían miedo al trabajo, como decían en los pueblos cercanos, estaban acostumbrados a talar árboles, pero no a vérselas con matorrales llenos de pinchos retorcidos que cubrían grandes extensiones, donde desde la Batalla de Las Navas de Tolosa no había vivido nadie, exceptuando algunas ventas situadas a pie del Camino Real, por lo que aquello era un auténtico desierto.



Relieve de los monolitos de la Fundación. Colonos de las Nuevas Poblaciones desbrozando las suertes y construyendo la casa de su dotación. La Carolina, 1768. Foto: Archivo Fotográfico del CEN.



Relieve de los monolitos de la Fundación. Colonos de las Nuevas Poblaciones, mujeres y niños, trabajando en las suertes en torno a los pozos y albercas. La Carolina, 1768. Foto: Archivo Fotográfico del CEN.

Hay que tener en cuenta, que además de la pobreza causada por las guerras, los antepasados alemanes tenían cierta predisposición a moverse de unos estados a otros. Sabemos que se establecieron en Rusia, Norteamérica, Hungría y en la zona de los Balcanes. *En estas emigraciones, una de las características más importantes que destacaría con respecto a la ocurrida en nuestras Nuevas Poblaciones es la de la conservación de la lengua a lo largo de los siglos, incluso en situaciones de extrema gravedad,*

*persecución y exterminio.* Pero como después veremos nuestro caso fue radicalmente distinto *ya que se produjo una españolización muy rápida y desde el principio*, todo ello a pesar del enfado del “**Fraile que jamás reía**”, el padrecito Romualdo<sup>48</sup>.

Los intereses creados, la novedad de este tipo de colonias, las ideas reformadoras, algunas órdenes religiosas, los celos intolerantes de ciertas naciones de las que procedían los colonos, etc. todo iría influyendo en estos primeros años para que se crearan problemas.

La colonización, con bastantes impedimentos, continuó con su desarrollo, hasta que los enemigos del proyecto prepararon el primer asalto contra el Superintendente y Asistente. Don Pablo de Olavide estaba jugando con fuego, y al final se iba a quemar. Y se quemó, aunque no salió ardiendo, no dió un paso atrás. Los Talibanes se frotaron las manos.

Al final, la burricie triunfó y en los campanarios de las Nuevas Poblaciones tañeron las campanas a “Gloria bendita”.

---

<sup>48</sup> Nos referimos al capuchino Fray Romualdo de Friburgo.